

viejo y quiere antes de entregar su alma en manos del Creador de donde salió, recibir tu perdón y darte en cambio la bendición de un moribundo!...; Ven, por Dios, no me dejes morir en esta incertidumbre!... Si vienes, no te...»

Aquí, en las últimas palabras, las letras estaban ilegibles y con manchas de tinta y reguero de lágrimas.

Sátrapa, con la respiración sofocada, leyó la interrumpida carta, y ató los cabos de aquella madeja: el Licenciado, al despedirse de él, una semana atrás, se desporrondigó, como de costumbre, con sus citas y latines, y sus idas y vueltas por los cerros de Ubeda, en vez de irse por derecho y sin corcovos ni rodeos al asunto principal que le trajo á la Villa de las Granadas; escabullía el bulto á las capciosas preguntas de Sátrapa; se encogía, se agazapaba y se salía por la tangente; pero Sátrapa le vió los naipes; se haefá el sueco y adivinaba por el rutilar

fulgurante de los cristales del Licenciado, que en la penumbra de la antesala semejaban brillo fosforescente de gato que acecha su presa, la engañifa y el gatuperio que se traía Sanchete en aquella larga y amistosa despedida.

Aunque satisfecho Sátrapa del triunfo seguro sobre la audacia y vilantez del Licenciado, en vista de la carta de su tío se alarmó su ánimo, siempre dispuesto para la lucha y prometióse de allí en adelante andar en ascuas y con la barba encima del hombro en todo lo relativo al asunto de Illescas y de su hijo; porque la lucidez de concepto, vertida en aquellos largos renglones, con acusar una idea madurada en largas vigiliass y un pensamiento hilvanado día á día en el cerebro, echaba por tierra la supuesta demencia y desbarataba hasta los ciemientos sus premeditados planes.

Tuvo arranque de hacer pedazos la carta y arrojarla por la ventana; pero se prometió paciencia, que los arrebatos

sacan las cosas de su lugar, las desquician y las llevan por caminos escabrosos y despeñaderos lamentables, cuando pudieron ir por plana y segura carretera y como llevadas por la posta.

«Que termine mi tío la carta, que yo haré porque no llegue á su destino.»

Con semejante resolución, se serenó el ofuscado Sátrapa; fué á la cama donde yacía el paciente y le llamó con su afectada melosidad:

—«Tío... querido tío!... ¿es hora de la cucharada!...»

Removiése Illescas en las sábanas; estiró los brazos; abrió los ojos y se incorporó sobre las mullidas almohadas.

Sátrapa sostuvo entre sus brazos el busto demacrado de su tío y á pulso le metió en la boca la amarga pócima.

—«Ahora, á descansar otro rato... que buena falta que le hace... Y nada de bajarse de la cama y hacer locuras... ¿eh? ... Porque en vez de remediar estos males que están poniéndole en los

puros huesos, se aumentarán y no valdrán todas las drogas de la botica para curarle... Ayer mismo me dijo el médico que usted tiene la culpa que la enfermedad no siga sus pasos contados y entre de lleno en el terreno de la crisis para pasar á la convalecencia... ¡Sí, sí, usted y nada más que usted!... ¡Usted, que se ha empeñado en matarse como un escéptico... como un impío!... Porque el suicidio no consiste sólo en descerrajarse un tiro y levantarse la tapa de los sesos, no, señor!... También estos caprichitos y estas terquedades traen la muerte á sabiendas... Conque, menos ofuscamientos y más estarse en la cama... Con un par de semanas de sosiego, la enfermedad cederá y ya daremos como antes un paseo por los alrededores... mientras tanto, ya lo sabe usted, quietud de imaginación, reposo de cuerpo, para no andar revolviendo quimeras dentro de la cabeza y estirando las piernas fuera de la cama...

A ver, le arroparé bien... Ahora á

cerrar esta ventana, que por aquí se cue-
la un airecillo húmedo muy propio para
coger una pulmonía. . . . Así queda todo
bien abrigado. . . . ¡ahora á dormir! . . .
¡Hasta dentro de dos horas que toca la
cucharada! . . . »

Y Sátrapa, quedamente, de puntillas
salió del cuarto; cerró tras sí la puerta
y se fué á meter en la maraña de núme-
ros rojos y negros de una complicada
cuenta de intereses mutuos.

Al llegar al escritorio, bien entrada la
tarde, ya el cartero había dejado la co-
rrespondencia de Veracruz; después de
abrir los sobres de las recientes cartas,
se impuso del contenido de ellas; en ésta
le acusaban recibo de una letra girada,
aceptada y pagada; en otra, le anuncia-
ban el arribo del vapor español «Reina
Mercedes,» que traía una importación
de vino; las demás se concretaban á abo-
nar el valor de envío de mercancías; la
última, que no traía membrete, venía di-
rigida á «Don Javier Infanzón Illescas.»

era carta para su tío. Como el poder ge-
neral le daba autorización para impo-
nerse de toda la correspondencia, sin
ningún escrúpulo rasgó el sobre por un
extremo, desdobló la carta y leyó:

Veracruz, Junio 1.º de 18. . . .

Señor don Javier Infanzón Illescas.
Villa de las Granadas.

Señor de toda mi consideración y
aprecio:

Hasta hoy me es permitido dirigirme
á vd. en estos renglones, hechos al ga-
lope entre un escrito para un juzgado y
un artículo para el periódico; como ve
vd., mis muchas ocupaciones, así parti-
culares como profesionales, me impidie-
ron cumplir con este requisito, que aho-
ra lleno gustoso:

Su asunto marcha «viento en popa y
á toda vela,» como el velero bergantín
de «El Pirata» de Espronceda; ya escri-
bí al hijo de vd., preparando el terreno,

para cuando llegue yo allá pise en tierra firme y en país conquistado.

El asunto, gracias á mi larga experiencia profesional, con ser peliagudo, no presentará dificultad alguna.

Se necesita recabar del Registro parroquial la fe de bautismo de «Pájaro» —así llaman á su hijo.

¡Buen pajarraco será! —exclamó Sátrapa suspendiendo la lectura.

«Para en caso de llevar las cosas adelante (como sin duda se llevarán), tendrá mano ese preciso y precioso documento que fundirá á cualquier impostor; pero confío en que todo se arreglará si se cuenta con la venia de vd.; pues con decir su señoría: «¡Este es mi hijo!», todo lo demás serán papelés mojados para exhibirlos como testimonio en contra.

Hay otro recurso, dado que la cosa se enturbiara, y es el siguiente:

Levantar una información testimonial con cinco testigos, en la cual se asentará que vd. hizo vida marital con la madre

del muchacho, y que éste recibió de vd. y en público el tratamiento de hijo; pero tiene un gran inconveniente este recurso, inconveniente que destruye todos mis planes: es el caso que vd. nunca vivió bajo el mismo techo con la madre de «Pájaro», ni á éste le dió vd. jamás el tratamiento de hijo, por la sabida circunstancia que vd. desapareció del lugar de los acontecimientos antes que naciera la criatura, y todo lo hizo vd. dentro del más grande misterio.

En fin, mi buen señor Illescás, no se desanime con esto, que yo veré la manera de arreglar todo ajustado á la medida de los deseos de vd. y á marchas forzadas para tomar la plaza por sorpresa.

Por de pronto, diré á vd. que con la presencia de su hijo allí, se hará todo. De mañana á pasado tomaré rumbo para el lugar de los acontecimientos, á fin de estudiar más de cerca el asunto y traer al carril á la oveja descarriada.

Paciencia y mucha reserva, y, sobre todo, no olvidar aquello de: «Audaces fortuna júvat.» que de otra manera las cosas pueden no salir derechas. Sabe vd. que le aprecia y distingue su afmo. amigo, attó. y S. S.—*Lic. Sánchez Sánchez Sánchez de la Sanchada.*

Sátrapa volvió á leer la carta con mayor atención; pesó todo el contenido de ella, párrafo por párrafo; se sonrió triunfante y exclamó gozoso: «¡Ahí me las den todas! . . . ¡De esta no escapa el Licenciado con todas sus tragaderas! . . .»

«La información testimonial sale sobrando y . . . confesión de parte. . . . Porque muy clarito que lo canta el Señor Licenciado en este parráfejo: «Es el caso que vd. nunca vivió bajo el mismo techo con la madre de «Pájaro,» ni á éste le dió vd. jamás el tratamiento de hijo, por la sabida circunstancia que vd. desapareció del lugar de los acontecimientos antes que naciera la criatura, y todo

lo hizo vd. dentro del más grande misterio. . . .»

«La fe de bautizo? . . . Eso será contar con los dedos. . . . ¡y todavía falta por desollar el rabo! . . .»

Sátrapa dobló la carta del Licenciado y la metió en el fondo de una cartera de bolsillo, repleta de papeles, que siempre traía consigo.

«¡Ahora, señor Licenciado, venga cuando guste, que le tengo cerrados todos los caminos!»

Y muy satisfecho del sesgo que tomaba el asunto, se metió de lleno en la revisión de la cuenta corriente con intereses mutuos.

«¡Cáspita! ¡Si ya es hora de ir á darle la cucharada á mi tío! . . . ¡Con estos números se van las horas que vuelan! . . .»

«¡A ver, señor Rivalta, hágame vd. favor de continuar la revisión de este extracto; ya tengo contados los días corri-

dos y sacados los números del Debe; faltan de revisar las operaciones del Haber. . . Voy en un brinco á darle la medicina á mi tío. . . porque no hay que fiarse de los criados. . . á la mejor hacen una barbaridad. . . y como en estos casos son irresponsables. . . hasta cierto punto!

«Vuelvo al instante. . . ¡Usted no sabe lo grave que está el Sr. Hescas! . . . Y lo que es peor: ¡de un momento á otro puede declarársele la locura en toda su fuerza! ¡Me voy! ¡Me voy! . . . ¡No se le olvide la revisión, . . . que es cosa que urge!»

Salió Sátrapa á carrera abierta del escritorio; por el camino pensaba en la sorpresa que le iba á dar al tal Licenciado Sanchete de la Sanchada.

Al entrar al cuarto halló á su tío dando diente con diente, espeluznándosele los pocos pelos que le quedaban en la calva; los puños apretados; las ropas en desorden sobre el lecho, y á medio ves-

tir dando precipitados pasos por el cuarto y gritando á cada momento:

«¡Imposible! . . . ¡Imposible! ¡Si eso no es cierto! . . . ¡No! . . . ¡No!»

Al ver á su sobrino, se encaró con él. «Tú, tú, tú tienes la culpa de todo!» —le decía airado señalándole con el índice.

«Tú, tú. . . que quieres despojar á mi hijo. . . á mi hijo! . . .»

Y desenejado; con los ojos saliéndose de las hondas cuencas y las manos descarnadas, trémulas por sus extremados movimientos, increpaba duramente á Sátrapa.

—«Cálmese, tío; cálmese! . . . ¡Es el efecto de la medicina! . . . ¡A ver que le doy la otra!»

—«¡Medicina! . . . ¡Veneno! . . . ¡Si van á matarme! . . . ¡Eso quieren. . . ¡quitar-me de enmedio! . . . Pero no. . . no se saldrán con la suya!»

Y de un salto se puso frente á la mesa de noche; tomó por el cuello la bote-

lla de la medicina y la estrelló con rabia contra el suelo.

En esos momentos entraba el médico á hacer la visita vespertina.

«¡No quiero más médico! . . . ¡No quiero más botica!»

Y la boca convulsa del enfermo espumareaba de coraje.

Se acercó cautelosamente el galeno, tratando de sujetar al enfurecido Illescas; Don Javier resistió con fuerza; pero se rindió presto al sentirse agarrado de los brazos por Sátrapa; entonces el médico le miró fijamente á los ojos vidriosos; examinó la boca convulsa y dijo con un acento de convicción profunda:

«¡Loco, señor Sátrapa, loco furioso!»

«¡Loco!» — exclamó Illescas con voz cavernosa.

«¡Loco!» — repitió Sátrapa sordamente.

«¡Loco!» — volvió á decir el médico como para afirmar su sentencia.

Colocaron al enfermo en la cama con

ayuda de los criados que entraron en tropel al cuarto; el médico pidió agua hirviendo; se revolvió la casa; acudieron los vecinos; en tanto Illescas se contenía en sus arrebatos y el doctor le aplicaba una inyección hipodérmica de morfina.

«Dormirá, señor Sátrapa, dormirá y se calmará el acceso.»

Sátrapa abandonó presuroso la alcoba; llevando el rostro contristado y los ojos deshaciéndose en lágrimas, repetía quedamente: ¡Loco! . . . ¡Loco! . . .

Lamentación que salió por la puerta de la calle; llegó á los corrillos de los cafés, al mentidero de las barberías y se propagó como infausta noticia por los ámbitos de Villa de las Granadas; bien pronto en todas partes no se hablaba más que de la locura de Don Javier Infanzón Illescas.